



Hablemos mucho de mí

Ermanno Rea*



Ritratto di gentiluomo nello studio (detalle) de Lorenzo Lotto, circa 1530. Venecia, Galleria dell'Accademia (de la muestra *La búsqueda de la identidad*)

Nací en julio de 1927 en Nápoles, en el seno de una familia de la pequeña burguesía urbana. De mi padre recuerdo, más que nada, su apacible excentricidad y su obstinado antifascismo. A principios de la década del cincuenta comencé a trabajar en Nápoles como cronista en la redacción del *Unità*, el órgano del partido comunista italiano. En realidad, yo no quería ser periodista sino profesor, tal vez escritor, y mis amigos y compañeros tuvieron que insistir bastante para convencerme de que en ese momento era "más importante transformar al mundo que conocerlo o contarlo" (era casi un *slogan*, una frase que formaba parte del ceremonial

COMENCÉ A ESCRIBIR LIBROS A LOS SESENTA AÑOS, SÓLO DESPUÉS DE HABER DEJADO LA CARRERA DE PERIODISTA. HABLEMOS "MUCHO DE MÍ", ENTONCES

neurótico de aquellos tiempos y de aquel contexto político-cultural).

En 1957 dejé Nápoles y el *Unità* para trasladarme a Roma. Al año siguiente, después de los acontecimientos de Hungría, abandoné el partido comunista, pero conservé lazos de amistad y estima con aquellos que prefirieron permanecer bajo ese toldo político.

Comencé a escribir libros a los sesenta años, sólo después de haber dejado la carrera de periodista. Hablemos "mucho de mí", entonces. *Parliamo tanto di me* ("Hablemos mucho de mí") es una obra del recordado Cesare Zavattini, un escritor que, como bien lo insinúa el título, tan propenso a la autoironía como a la imaginación: basta decir que era coleccionista de arte, pero sólo de cuadros muy pequeños, de 15 por 15 o menos, que colgaban las paredes de su casa romana como una suerte de alegre "recordatorio": *la pequeña es bella*. El si

que llevaba el minimalismo en la sangre. Un poeta, como dan fe además de sus libros, tantos filmes de Vittorio De Sica, de quien Zavattini fue fuente de inspiración y diseñador de escenas.

En fin, hablemos de mí.

Recuerdo que un día fui a visitar a Zavattini a su casa y mientras lo fotografiaba junto a sus diminutos cuadros, me dijo: "Mientras haya en la Tierra hombres y pasiones, existirán los escritores y los libros. Los que dicen que la literatura murió sólo me causan gracia".

Son palabras que jamás olvidaré. Hasta pensé en incluirlas como exergo al principio de mi último libro, titulado *La dis-*

filme más que nunca rayano con lo imaginario y el drama. En sus manos, la odisea de Buonocore se habría vuelto aún más paradójica, sutil y simbólica, en el sentido de que la pasión de este hombre por el trabajo, su perfeccionismo, su apego irracional al establecimiento en el que creció y del cual se ha convertido en dominus (el de las "continuas coladas" de la ex Acería de Bagnoli) habría encontrado una exaltación desconocida en el mismo libro, transformándose casi (o tal vez íntegramente) en hipérbolo: hasta qué punto el trabajo se puede convertir en la única razón de vivir, en ceguedora y hasta egoísta (¿cruel?), de un hombre.

preguntarse qué escenario involucran las devastadoras hipótesis de este género.

"Mí" De Sica se llama Gianni Amelio, nombre hasta demasiado conocido, que me exime de la obligación de presentarlo, o de alabarlo, salvo para decir que el acercamiento a De Sica y a Zavattini en el fondo es menos arbitrario que el que pueda imaginarse a primera vista, por la forma de narrar que tiene Amelio, de envolver la realidad en una purpúrea nube fantástica. De hecho, el director ambientará una buena parte de su filme en Asia, imaginando una suerte de "continuación" de mi novela, durante la cual el protagonista, Buonocore, tras

En una entrevista publicada en el periódico romano *La Repubblica*, Amelio afirma haber "coqueteado" con al menos otros dos libros míos: *L'ultima lezione* y *Mistero napoletano*. Nunca lo supe: no puedo sino lamentar el hecho de que este "coqueteo" no haya superado, en los dos casos, la fase del enamoramiento pasajero. Lamento tanto esto que no descarto que haya por parte de Amelio un rebrote de ese ardor, al menos para el segundo libro (el primero, *L'ultima lezione*, ya se convirtió en filme), y no sólo por el placer (la vanidad) del hecho en sí, sino sobre todo porque *Mistero napoletano* es el libro que tal vez me representa mejor, revela mejor mi historia como hombre, mis pasiones sociales y políticas, mis razones narrativas, mi apego a mi ciudad natal, Nápoles, de la cual me parece que nunca me alejé, aunque emigré desde hace cuarenta y siete años y en la que no volvería a vivir (en forma permanente) ni por todo el oro del mundo (*Mistero napoletano* es el relato de un viaje emprendido por mí en una época anterior, con el propósito de reconstruir los motivos del suicidio de una mujer, una militante comunista, que se quitó la vida a principios de la década del sesenta).

MISTERO NAPOLETANO ES EL LIBRO QUE TAL VEZ ME REPRESENTA MEJOR, REVELA MEJOR MI HISTORIA COMO HOMBRE, MIS PASIONES SOCIALES Y POLÍTICAS, MIS RAZONES NARRATIVAS, MI APEGO A MI CIUDAD NATAL, NÁPOLES, DE LA CUAL ME PARECE QUE NUNCA ME ALEJÉ, AUNQUE EMIGRÉ DESDE HACE CUARENTA Y SIETE AÑOS Y EN LA QUE NO VOLVERÍA A VIVIR

missione, en el que narro el cierre de una fábrica tal como la vive (febrilmente) un ex operario convertido en técnico de área, Vincenzo Buonocore, para quien este acontecimiento parece derrumbar todo un mundo, toda una civilización, y que lo impulsa a una suerte de prueba final, de supremo compromiso creativo: desmantelar la planta de manera ingeniosa, hasta hacer de este desmantelamiento la obra maestra de su existencia y de su capacidad profesional.

Creo que a Zavattini le habría gustado esta historia (digo la historia, no mi modo de contarla). Habría extraído de ella ideas para la escenificación de un filme que tal vez -por qué no- le habría propuesto justamente al mismo De Sica, su director preferido.

¿Y De Sica? Bueno, no descarto que se habría embarcado en esta empresa (digamos que me agrada mucho imaginarlo así) y que habría hecho un

Sin embargo, a esta altura es necesario que me quite la máscara y revele mis cartas con toda honestidad. Zavattini, De Sica los mencioné descaradamente sólo para decir que *La dismissione* está por convertirse efectivamente en un filme y que éste, por lo que tengo entendido, se asemejará a una suerte de oscura fábula de nuestros tiempos, tiempos en que

EN ESE MOMENTO ERA MÁS IMPORTANTE TRANSFORMAR AL MUNDO QUE CONOCERLO O CONTARLO

tanto en los periódicos como en las aulas universitarias con frecuencia se habla de la "muerte del trabajo" y de la "civilización del tiempo libre", sin siquiera

vencer las dudas anteriores, decide aceptar la oferta de Chung Fu de trasladarse a China con el propósito de volver a poner en funcionamiento la planta de colada continua que sus compatriotas no han logrado recuperar y volver a poner en marcha debidamente.

En otras palabras, estamos en la hipérbolo, en la fábula: Buonocore no se resiste (como sucede, en cambio, en el libro) al llamado de su instalación y parte, casi a ciegas, como en un trance, haciendo frente a un viaje que intuyo alucinante y, en cierto sentido, mitológico, hacia el inmenso y enigmático país de los faroles rojos. Los detalles de lo que le sucederá en China a nuestro héroe no los puedo contar: basta saber que Buonocore perseguirá su obsesión hasta el final y que, sólo cuando haya hecho renacer la planta, decidirá volver a su triste y eviscerada (industrialmente eviscerada) Nápoles.

*Ermanno Rea es presidente delegado del prestigioso Premio Napoli (www.premionapoli.it). Autor de *L'ultima lezione*, *Mistero napoletano*, *Fuochi fiammati a un'ora di notte*, *La dismissione*.